

Sentidos de permanencia

A. E. Quintero



Quintero, A. E.

Sentidos de permanencia / A. E. Quintero

—México: Editorial De otro tipo, 2014

64 p. 23 cm

Género: Poesía

Primera edición, 2014

© A. E. Quintero

D.R. © 2014 Editorial De otro tipo S.A. de C.V.

1ª Privada de Mariano Abasolo 10 B. Santa María Tepepan

Xochimilco. C.P. 16020

Comentarios y sugerencias:

01 (55) 15 09 23 17

www.deotrotipo.mx

Cuidado editorial: Balam Rodrigo

Editor: Walter Jay

Formación: Selene Solano Jandete

Portada: Mauricio Gómez Morin

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito.

ISBN: 978-607-96398-4-6

Impreso en México / Printed in Mexico



Para Ériq Sáñez, porque la tranquilidad y el amor
son nuestra vida cotidiana.

Y porque quiero celebrar *La novela zombi*,
libro con el que acabas de ganar el Premio Nacional
de Cuento Breve Julio Torri 2014.
Porque siempre me he sentido muy orgulloso de ti.

Para Juanita Quintero, porque ser tu hijo
es lo mejor que me ha pasado en la vida
y porque quiero celebrar con este libro tu cumpleaños.

Para Gonzalo Espinosa Quintero, porque no podría tener
mejor hermano que tú
que siempre me escuchas y me apoyas.

Para Cecilia Espinosa Quintero, porque siempre
podemos contar contigo y es una fiesta tenerte como hermana.

Para Mauricio y Roberto Antonio Falcón Espinosa,
porque siempre me he sentido orgulloso de ustedes y de ser su tío.

Por que a veces el corazón se siente
como ir montado de un caballo

Yono sé cómo se olvida.

Nunca he sido bueno en eso de quitar nombres
de mi pecho.

Nunca he sido buen abandonador.

No sé cómo se olvida.

Es como si hubiera que meter
la mano hacia aguas muy profundas de la garganta
y el corazón

e ir sacando tiempos, fechas, lugares,
ir sacando

gente que ha naufragado en nuestro pecho.

Y no sé.

Yo amo de veras. Con esa humildad de llamar
de usted

a la piedra por ser vieja, al pájaro
por saber volar,

y al árbol, de usted, por ser árbol y ser tremendo:
bello

como el niño que soy cuando veo un árbol
y lo trepo con los ojos.

No sé cómo se olvida,

porque guardar personas, objetos y lugares
definitivamente es lo mío.

No quisiera darle voz
a esos árboles
porque hablarían dormidos,

porque irían por ahí
hablando solos, preocupados;

porque construirían sueños
y en lugar de árboles
parecerían obreros, y largas serían sus horas de trabajo,
calladas,
porque no hay nada más terrible
que un silencio involuntario,

y hablarían dormidos esos árboles

¿y quién querría escuchar
lo que sueña decir
un árbol preocupado?
sus necesidades:

los que no dan fruto
seguro
llorarían su fruto para siempre;

y los que son de sombra breve
no sé lo que intentarían

tal vez cortarse las raíces,
secarse;
la soledad de un árbol
ha de gritar muy fuerte
adentro
como el ruido que hace el silencio cuando todos
duermen
y pareciera estar dentro, zumbando
en algún lugar de nosotros.

Con voz
ese árbol estaría más solo
porque no habría nadie para entenderle
y nadie
que quisiera estar cerca.

Darle voz a un árbol
nada bueno le traería.

La niña está de pie
tapando con sus manos su cuerpo desvestido.
No tiene suficientes manos, la niña
para cubrir el sabor de corazón
en su lengua, y que durará años;
piensa en los cerditos que se quedaron sin madre. La niña
tiene un llanto que rompe los vasos,
que ayuda a matar cerdos,
que no hace mucho ruido. Su llanto
como el sonido de una hoja de papel
que alguien rompe por la mitad. Desorientada,
muy aturdida.

Abuela decidió quitarle su vestido limpio
y dárselo a su hermana, y darle los novios que pudiera
tener,
y darle una escoba, y un biberón comunitario
para los más chicos.

Aquel día fue de veinticinco horas.
Su diario dice
que se llenarán de sangre sus muslos esa luna;
no puede ser bella una niña con sangre, con óvulos y
ovarios.
Su diario dice
que tendrá una noche de bodas, en un día como éste.

Qué chido que los caracoles lleven
consigo
su propio domicilio, su dirección
y se encuentren,
y puedan a conformidad
ser vecinos, o amarse
y juntar sus casas, reunir las como quien echa otro piso,
y compartir
el enorme jardín que ha de ser una hoja,
la perfecta escalera de condominios
que ha de ser un tallo, una hora alta.

Qué chido que dos caracoles se encuentren,
que después de años hojas,
de años ramas, de años banquetas húmedas
y macetas
qué chido que dos caracoles se encuentren
y puedan ser varones
y puedan no serlo.

Qué chido que a un caracol
esas cosas no le importen.

Qué bellas maneras de oscurecer
tiene el mar,

parece un hombre poniéndose crema en los muslos,
frotándose el abdomen.

El mar oscurece a distintas horas
y uno puede oírlo así, oscurecido, aunque esté
muy lejos,
por ejemplo, oscurece
cuando los delfines amamantan en secreto
o cuando canta una ballena
que perdió el rumbo
y encalla como un barco vencido
por una larga epidemia de sueños rotos.

El mar oscurece
como oscurece una habitación
donde una mujer llora,
crepuscular y montañosa
como un abrupto cambio de clima,
de nubes bajas y suelos resbalosos,
y caídas;
como oscurecen los ojos de un niño
que perdió un recuerdo en la ventana,
como oscurece una parte del cuerpo
cuando la sangre adulta sus maneras de acercarse;

pero el mar siempre despierta
cuando un niño por primera vez lo mira,
despierta;

y no hay diferencia
entre ver el mar
y ver el cuerpo del padre bañándose
en una desnudez tremenda
y laberíntica.

(Qué tentación un padre desnudo, empapado,
tan cerca.)

Y el mar siempre está iluminado, siempre
están encendidos
sus múltiples espejos.

Por eso llama la atención cuando oscurece,
porque es un modo muy humano el suyo
de no querer que lo vean.

El mundo se oye
como una mujer sacudiendo ropa

A veces siento una profunda compasión
por mis objetos
porque nunca tendrán un momento
para sí,
porque no sabrán lo que es crecer,
hacerse adultos, soñar,
imaginarse a sí
en mejores situaciones.
Mirar un muchacho por la ventana
y sentar años de pensamientos remotos
en una vieja banca:
pensar en el hombre, en la mujer, en la guerra.

Nunca sabrán lo que son tiempos de paz
o tiempos de guardar comida, de esconder latas,
de apagar la luz y quedarse.
Porque no verán sus cuerpos hacerse hondos
como un vendedor de pan en una bicicleta,
ni saltará la vida
de sus polvos quietos.

Y sí, hay objetos que hubieran podido
ser un hijo, una hija
o ser un nieto;
objetos que uno quiere
como se quieren las personas
aunque ya no se besen.

He tomado la suficiente cafeína
como para imaginar
que ese árbol está desempleado,
que el otoño lo llamó a su oficina
para pedirle su renuncia
mientras una mujer mete en una caja
sus muchas hojas.

¿Cuántos tiempo durará
una hoja en un árbol?

Y ahora está desempleado
ahí, en pleno invierno,
con sus apenas ramas y sus apenas hojas,
con la hojarasca crecida de tres días, de una semana,
sucio
por dentro
como cualquier desempleado.

Uno no sabe si un árbol, así, está muriendo
o sólo está cambiando de sueños, de estación,
de empleo,

y no deberíamos de saberlo.

Pero es claro
como el agua de aquella manguera
que no lo toca, es claro que ese árbol
perdió su trabajo con el invierno.

Ah la depredación
ese placer de estar vivo.

Elegir,
como en la pecera de un restaurante,
una bella e ignorante langosta, tan retardada.

Es de hacerse agua la boca sabiéndola
viva
en sus jugos que arden, viva y deliciosa
en el agua que comienza a hervirla.

Qué placer de labios,
casi como mirar la danza de los peces al sacarlos del
agua.

Qué bella su sabrosa muerte,
la mantequilla y el ajo dorando sus escamas.

Coger una almeja y sentir su lucha cerrada,
su parte de piedra cediendo. Su estupidez de almeja
que se cree segura
como si el asalto fuera
una palabra sola, y no un hombre y un cuchillo. Es
estúpida y pequeña
la almeja deliciosa.

Pero un ostión, qué hermoso
verlo retorciéndose de limón y sales picantes

como si su sabor le doliera, como si fuera una pequeña
lengua
que es cortada antes de decir algo, y le doliera
como si algo como él pudiera sentir dolor o miedo.

Intento creer
que somos mejores que las plantas,
que podemos con nuestra soledad
sin mirarnos secos.
Que logramos un mejor clima
cuando llevamos algún animal en los ojos
-en esa historia de amores
que son los ojos-.

Nunca he sido mi mejor consejero, ni mi mejor amigo.
No soy de los que le piden fantasmas a otros
para sobrellevar su propio miedo.
Vivir
ha sido una lenta y solitaria labor de cada día,
ruidosa
como la cocina de un restaurante
donde la soledad tira los cubiertos
y se reparte en porciones desiguales.

Lo mío son los sueños,
de ahí siempre regreso mejorado,
con esa buena disposición que tienen
ciertos animales a la jaula.
Con esa aceptación
con la que los arbustos se deshabitan en otoño.

Porque todo es irse deshabitando,
dejarse atrás todos los días,

recobrar muertos, olvidar vivos,
y jurarse un amor que no se rompa,

prometerse la puerta de un sueño diferente
donde asuma el cuerpo
lo que le debe al mundo.

Una alegría que alcance, que rinda,
que no nos deje a mitad de nuestra sed.

Porque todo es irse completando.
Irse de uno mismo
y del atropello en el que cada noche nos dejamos solos.

Pobres las nubes
que piensan que vuelan
con alas
y vuelan con olas.